

existir ninguna sociedad de hombres. *Et nunc intelligite*. Para mi propósito no importa cosa la contradicción de esos dos furibundos ultramontanos: según el uno, al faltar la Iglesia, el verdugo es indispensable; según el otro, la Iglesia no puede existir sin el verdugo. Allá se averigüen: mi negocio es entregarle al patíbulo al facineroso *de menester*; y por fas ó por nefas, católico ó protestante, allá va á manos del señor conde D. José. «Toda expiación requiere sangre,» dice también ese sublime apóstol del cadalso; derrame la de ese delincuente, y quede purificada la lengua castellana.

«Aunque Roma vista por dentro se parece hoy á las demás ciudades de Europa, *toda vez conserva ella un cierto carácter particular*; porque ninguna otra presenta *una* tal mezcla de arquitectura y *de* ruinas, á contar desde el panteón de Agripa.... La hermosura del *sexo* es *también otra* señal que la distingue de las demás ciudades. Admírase *de otra parte* en los romanos un cierto tono de carnes, que los pintores llaman color histórico... *Una otra* particularidad de Roma es los rebaños de cabras.»

Santo Dios, santo Fuerte, santo Inmortal, libranos, Señor, de todo mal. Páreceme que he visto al diablo á media noche en el endriago espantoso que allí queda estampado á la española. *Toda vez conserva ella: toutefois elle conserve*. El castellano es *no obstante, sin embargo* conserva cierto carácter particular, echando fuera ese *ella* y ese *un*, cáncanos asquerosos que no sufre cuerpo limpio.

A contar desde el panteón: à compter dès le Panthèon. Este á contar traducen, los que saben, por el gerundio, y dicen: contando ó tomando del panteón; y el que escribe *á contar desde el panteón de Agripa*, puede muy bien irse á revolcar en los establos de Augias.

«La hermosura *del sexo* es *también otra* señal.» *También y otra*, pleonasma: ora el uno, ora el otro, y Cristo con todos. ¡*La hermosura del sexo!* Ya dijo el traductor que la había visto á Roma por adentro, y así pudo darnos esa *señal*. En cuanto á saber si Roma es varón ó hembra, averigüelo Vargas; pues *el*

sexo nos deja en ayunas de esa noticia. *El bello sexo* suelen decir los poco entendidos en lengua castellana; los doctores en ella dicen *el sexo femenino*, y con más llaneza y elegancia, *las mujeres*, cuando hablan de las hijas de Eva, estas nuestras dulces enemigas que nos tienen hartos de amarguras.

«Admírase *de otra parte* en los romanos un cierto tono de carnes, que los pintores llaman color histórico.» Si las carnes son las de una vieja facsímile de D. Quijote, el *tono* debe sonar á los oídos del viajero seca y estridentemente, como quien ofrece á la historia de los pintores más huesos que carne, más pergamino que succulenta grasa. Si yo escribiera algún día mis confesiones, á modo de San Agustín, diría que esas carnes ni en Roma me han gustado, ni pienso que ese color de pernil, cual debe de ser por adentro el de las brujas del Trastebere, sea el *color histórico*. *De otra parte*, quiero decir, por otra parte, esos rebaños de cabras *no es una otra particularidad; son otra particularidad*, que no le va en zaga al muslo ahumado de la vieja, ni á lo que el insigne hablista vió por adentro en Roma.

«A Pedro fué á quien se le mandó primeramente *de amar* más que los otros apóstoles, y *de pacer* y gobernarlo todo.» Siendo cierta esa orden, no sería sino la orden del día del prefecto de Marsella, quien, debiendo tocar allí el emperador Napoleón el Grande, *mandó* lo que sigue: «El ejército se alegrará por batallones: los batallones principiarán á sentirse dichosos por el flanco derecho.» Amor mandado, amor á palos. Jesús á nadie mandó que le amase; á fuerza de amor y bondad, de mansedumbre y virtud, se hizo amar; y si Pedro le amó con pasión más viva, fué por haber sido el predilecto de sus discípulos. *Mandar más amor*: la esencia es ran errónea, como desapacible la forma de esta cacofonía.

Ya el pobre San Pedro está amando por mandato; ahora le obligan también á *pacer*: á modo de oveja, de buey, ¿cómo *pacer* el mayor de los apóstoles? Lo que Jesús le mando fué *apacentar* el rebaño ó la grey que dejaba á su cuidado, y de ningún modo ir rumiando por dehesas ajenas.

Esta orden del día de Jesucristo, seamos justos, no es del traductor, sino del editor: cualquiera puede verla en la nota 15, y exclamar: «¡Para tal traductor, tal editor!» En siendo yo que ellos, no diría *exclamar* sino *exclamarse*, como lo van diciendo á cada paso uno y otro: *s'écrier*. Vergüenza deben de tener los españoles cultos de que en España se publiquen semejantes libros, y pasen éstos los mares con los honores de la pasta primorosa, para venir á ser ludibrio de los semibárbaros de América. *Mandar de amar, mandar de pacer*, ¡oh Dios!

Y bien, hermano, ¿le pesa á usted de haber *sufrido algún poco?*, dice un trapista moribundo á su abad. (Nota L.) La lección que el fraile estaba dando al superior de su convento era buena; mas si dijo «le pesa á usted *de haber sufrido algún poco,*» habló en castellano como hablara un palanquín de Taramona. Bueno es morirse; mas somos de parecer que *in articulo mortis*, lejos de quebrantar preceptos ni transgredir leyes de ninguna clase, debemos arrepentirnos de haberlos quebrantado y transgredido. De otra suerte, al infierno principal, infierno madre, veréis agregado, réprobos, el de los suplicios especiales de los que prostituyen la lengua de su patria y la echan en el cieno.

«Nos acercamos *del* convento, y volvimos á ocuparnos en el taller,» escribe un francés metido fraile huyendo del Terror. En Francia se habrá acercado *del* convento; en España tenía que acercarse *al* convento; y si acertaba á meterse de rondón, y ganar el laberinto de Creta de patios, traspatios, sótanos y bodegas, podía escapar del hacha de Robespierre.

«Allí ya se carda, ya se hila, ya se teje. *En tanto que posible*, todo cuanto debe servir para los hermanos *se trabaja* por ellos mismos.» *Pare imposible*, dicen los italianos de una cosa á que se oponen la razón y la verosimilitud. Imposible parece, ciertamente, que un español alcance á disfrazar, corromper y subvertir de tal manera la lengua de sus padres. ¿Habrás oído ese bendito en Madrid, Sevilla, Granada, y menos Toledo, ni á la gente de la hampa, decir *en tanto que posible? En tant que*

possible, dicen los franceses; nosotros decimos *en lo posible, cuanto cabe* y otras expresiones tan graciosas como castizas. Si los hermanos hilaban y tejían con el primor que ese literato escribía el castellano, burdas han de haber sido esas telas, bien como para monjes de la Trapa.

«Porque *me haría escrúpulo* de despedir á un hombre que *se salva del mundo*, para venir aquí á trabajar por su alma.» Esto dice el abad, tratando del consabido gabacho que *se salva del mundo*, por librarse de la guillotina. El dicho abad de la Trapa *se hacía escrúpulo* de darle con las puertas en las narices á ese buen candidato para novicio; y no era para él cargo de conciencia hacerle salir por la tangente del globo terráqueo; pues no otra idea inspira esto de *salvarse del mundo*. El abad no; el traductor es el Arquímedes que así le echa como con trabuco al país de los selenitas á ese digno compatriota de madama de Chantal. *Salvarse del mundo*, por huir del siglo, ponerse en cobro, retraerse en un monasterio y entregarse á las meditaciones de la muerte, seguro está que lo diga ni el suramericano más inducto.

«Yo no sé cómo la conversación vino á rodar sobre la Val-Santa, cuyos pobres padres se habían visto forzados á *salvarse en Rusia.*» Salvarse en Rusia es como salvarse en el infierno; y si los pobres padres se salvaron en diciembre, doble condenación. El Alighieri nos ha contado que los suplicios perdurables no son el fuego y el plomo derretido solamente, sino también la nieve de los polos. Pues así como hay infierno frío, así ha habido cielo frío. Con todo, el buen cristiano preferirá siempre salvarse remontando en espíritu á la diestra de Dios padre, donde reina un calorcillo de beatitud eterna, á salvarse en Rusia al lado de esos cosacos que parecen osos. *Salvarse en Rusia, se sauver en Russie*, por huir á Rusia: esto es de perder el juicio.

«Considerando la vanidad de las cosas terrestres, he resuelto no curarme sino de la eternidad.» Y del mal de piedra, y de la gota, y de los otros achaques, ¿por qué no se quiere curar?

En todo caso, mejor sería salvarse en Rusia sano y bueno, que llevando á cuestras media arroba de lamparones, broncocele ó papera. Mas cabalmente ése quiere curarse de lo único que no se debe curar, pues si la eternidad es una efermedad, enfermedad divina ha de ser, ¡dichosos los que la padecen en el seno de Dios! D. Antonio Solís dice que Hernán Cortés no se curaba sino cuando no tenía de qué cuidar. Tan cierto es esto, que una ocasión, hallándose de purga, montó á caballo, y les dió una mano tan buena á los indios de Tlaxcala, que les quitó la gana de venírsele encima cuando sabían que estaba enfermo. Lo que el infeliz traductor quiso decir fué: que había el francés converso tomado la determinación de olvidar el mundo y no dirigir sus pensamientos sino á las cosas eternas. *Curarse de una cosa, por cuidar de ella, es obsoleto.* Si yo padeciera de virtudes, y estuviera amenazado con la gloria, no cuidaría de curarme; antes por el contrario, me abstendría de todo medicamento: no tomara soberbia, ni avaricia, ni lujuria, ni ira, ni gula; ni aguantara frotaciones de envidia, ni me dejara untar pereza, á fin de que se cumpliera cuanto antes la feliz conminación. Los materialistas, los ateos, viven empeñados en curarse y en curar á sus semejantes de la eternidad, que para ellos es sarna perruna.

«¡Ah, que debiéramos exclamar, que cuanto hacemos aquí en el mundo por el cielo es todo bien poca cosa!» No tengo á la vista el original francés; mas probablemente él dice: *Ah! que nous devrions nous écrier que tout ce que nous faisons ici dans le monde pour le ciel est bien peu de chose!* En sabiendo los vocablos de esa lengua, su construcción allí está en ese castellano. ¡Ah!, que debiéramos exclamar á nuestra vez, que á nadie le es dado buscar la vida ni allegar dinero por medios ilícitos; y medio ilícito y reprobado es meter la hoz en mies ajena, y abalanzarse uno á lo que no sabe ni entiende. Cuentan que lord Byron, viajando por Italia, supo que un escritor zarramplín había acometido á traducir el *Manfredo*, uno de sus mejores poemas. El noble lord mandó llamar al traductor, y le dijo: «¿Cuánto

piensa usted ganar con su traducción? — Ochocientos escudos, por lo menos, milord.» El poeta contó allí los ochocientos, y dijo: «Los que usted se propone ganar; y estos quinientos de adehala, para que no vuelva á pensar en traducir ninguna de mis obras.» El señor vizconde de Chateaubriand le hubiera dado cincuenta mil reales, su cartera de Negocios extranjeros encima, al literato español, para que no le tradujese el *Genio del Cristianismo*. Dirán quizá algunos peninsulares que á posta hemos tomado la peor de sus traducciones, cual es la hecha en Valencia «con arreglo á la séptima edición francesa,» para muestra de la literatura española. No nos pesa nuestra malicia; pésanos echarles ejemplos de esa calaña á manta de Dios. Hemos preferido la gran obra de Chateaubriand, por ser ella la lectura predilecta de los jóvenes que se dedican á las humanidades: si fuera necesario, les daríamos en rostro con mil versiones de obras tan magistrales como las *Veladas de San Petersburgo*.

«Dejaron de existir la Olimpia, la Elide, el Alpheo, y el que *se propondría encontrar* el Peloponeso en el Perú, sería menos ridículo que el que lo buscase en la Morea.» El que lo buscase en la Morea, decimos nosotros, sería todavía menos ridículo que el que dice: *El que se propondría encontrar*, en vez de *el que se propusiera ó propusiese hallar*. Podemos *encontrar* lo que no estamos buscando; si buscamos alguna cosa, puede ser que la *hallemos*. En cuanto á la forma del subjuntivo usada por el traductor, cualquier payo sabe que no puede concurrir en primer término con la terminación en *ase, buscase*.

En latín hay escrita una obra con el mismo título; pero aquellos son vuelos á propósito para *quebrarse el cuello*.» En castellano *se rompe la cabeza* el tonto que echa á volar sin alas; en francés se quiebra el cuello, ó *se casse le cou*. Y á los que á fuerza de ignorancia y atrevimiento se vuelven reos de lesa lengua, no les quebramos el cuello; les torcemos el pescuezo.

«Todo el que se *apartará* de esta idea girará eternamente alrededor del principio, como la aurora de Bernouille.» El futuro absoluto en segundo término requiere el subjuntivo ó el

condicional por correspondiente. Decimos pues: todo el que *se aparte*, ó *se apartare*..... girará, como la aurora de Bernouille, ó como el cometa de Tico Brahe, ó como la luna de Flammarión, con selenitas y todo; mal que le pese á la Curia Romana.

«Un ministro que *ardería* en cólera al oír defender la existencia del purgatorio, nos concedería de buen grado un lugar de expiación.» Decimos *arder de cólera*, y *montar en cólera*; arder en cólera, no es castizo *; y si lo fuese, todavía sería error garrafal y ofensa á la sintaxis usar del subjuntivo en esa terminación, cuando la que corresponde en este caso es la en *iera*: un ministro que *ardiera* de cólera, nos concedería, etc.; ó un ministro que *ardiese* de cólera, nos *concedería* el lugar consabido de tormento. Puede esta ser verdad de á folio; pero lo es de á folio y medio la proposición contraria; esto es: Un canónigo que muriera de cólera, ó se atragantara al acordarse de la abolición del diezmo; un cura que se diera á todos los diablos de que le negasen la existencia del purgatorio, no se ahorcarían porque les pusiesen en duda la del infierno. Esto consiste en que del infierno no sacan maldita la cosa, y el purgatorio les deja buenos cuartos. La saca de almas es un pontazgo de la Edad media: el moro Galafre no *sacaba* más del puente de Mantible.

«Mas si consideramos *los hombres* los unos con respecto á los otros, ¿qué sucederá *de ellos*?» Sucederá que á los tontos de capirote les demos algunos papirotazos, y á los ignorantes audacísimos los pongamos atados pies y manos á las puertas de la Duquesa, para que esta noble dama junto con su doncella Altisidora les den quinientos mil pellizcos y los dejen con más cardenales que el Sacro Colegio. Los que saben *considerar* no consideran *los hombres*, sino *á los hombres*; y cualquier cosa que suceda, no sucede *de ellos*, sino *con ellos*.

«*Todo al contrario*, querido conde,» dice el Senador en la Velada nona. *Tout au contraire, mon cher comte*. Seríamos nosotros capaces de investir á la Academia Española de poder

(*) Arder de rabia. *Salvá. Gram.*

coercitivo y poner á sus órdenes un cuerpo de gendarmes, para que sepultase en negros calabozos á estos violadores y asesinos de la lengua. Y si ella hubiere menester un gran ejecutor, nuestro voto es por el señor conde José de Maistre, quien no se anda en chiquitas y corta cabezas por daca esas pajas. Si obras como el *Telémaco*, el *Genio del Cristianismo* y las *Veladas de San Petersburgo* son traducidas de este modo, ¿qué suerte correrán las novelitas de París, ese pan de cada día de la gente frívola, incapaz de cosa grande y buena? Verdad es también que en punto á galiparla é insensatez los suramericanos no les cedemos una mínima. «De mal cuervo mal huevo,» dice el Comendador Griego en su colección de refranes. «De tal palo tal astilla,» responde Juan de Mallara. De semejantes traductores españoles no es mucho nazcan autores americanos semejantes á ellos. Nada nos quedaremos á deber en nuestro comercio galo-hispano con nuestros *frères* del Manzanares, el Guadalquivir y el Tajo; porque si ellos traducen el *Telémaco* con ese aire y ese aquel tan sumamente grato, nosotros somos autores originales de lo más curioso. El Tajo, el Tajo..... ¡Oh Tajo, en cuya ciudad proveya, la imperial Toledo, no había terciopelero ni espadero que no las cortase en el aire en esto del hablar pulido! ¡Pobre España, para quien todo es *sufrimientos* en el día! Si está enferma, *está sufriendo*; si se halla corta de facultades, *está sufriendo*; si le aquejan dolores físicos ó morales, *está sufriendo*. Se le va una hija con el sastre, se le llueve la casa, los comunistas de Cartagena le dan en que merecer: todo es *sufrimientos*. Ya no padece, vieja ingrata, como padecieron sus abuelas: la Cava padeció; ¡y digo si no habrá padecido la bellaca al ver cómo su amante salía por ahí gritando: «¡Moros hay en la tierra!» Hormesinda, hermana de Pelayo, padeció; pero así, llora llorando, se casó con su moro. ¡Vaya!, ¿y no se había de casar? ¿Era tonta por si acaso? No se halla un Munuza á la vuelta de cada esquina, y menos Munuza como aquél, tan bien carado y valiente. La hermana de D. Alonso el Casto, esa chica que vosotros conocéis, amigos chapetones; pues esa casta princesa que

las hubo con el conde de Saldaña, y os benefició, á furto, como dicen las crónicas, con Bernardo del Carpio; esa guapa moza de blando corazón y duras carnes, padeció: natural es que haya padecido cuando el rey su hermano y señor hubo puesto los Pirineos entre él y ella, habiéndolos encerrado tan bien á ella como á él, para que el uno muriese y el otro naciese en el encierro. La infanta doña Urraca, sitiada en su ciudad de Zamora, padeció; y el señor D. Sancho, sitiador, no fué tan *galantuomo* que digamos, sino un *gentleman*, como dicen los ingleses; un ambicioso, belitre, descortés y mal mirado caballero en hacer padecer tanto á la bella señora la princesa Urraca. Urraquita, Urraquilla..... tímida era y modesta en gracia de Dios; y á ésta sí que no se le podía llegar y besarla durmiendo, porque ni padecía de despechada, ni aguantaba pulgas, ni sufría olvidos ó pretericiones. Y si no, vedla cómo se le sube á las barbas á su señor padre D. Fernando I en su lecho de muerte:

«Morir os queredes, padre,
Sant Miguel os haya el alma:
Mandaste las vuestras tierras
A quien bien se os antojara:
A mí, porque soy mujer,
Dejáisme desheredada.
Irme he por esas tierras
Como una mujer errada
Y este mi cuerpo daría
A quien bien se me antojara,
A los moros por dinero,
A los cristianos por gracia.
De lo que ganar pudiere
Haré bien por la vuestra alma.
Allí preguntara el rey:
¿Quién es esa que así habla?
Calledes, hija, calledes,
Non digades tal palabra.....»

Conque para esa señorita el *padecer* y el *sufrir* eran cosas muy diversas; tan diversas, que si la envidia, la cólera, el terror

de quedarse en la calle le causaban padecimientos morales capaces de quitarle el juicio; el sufrimiento, el santo sufrimiento, ese freno de oro que nos contiene y detiene al labio del abismo del despecho, no reprobaba en ella esas tan audaces como feas determinaciones.

«Irme he por esas tierras
Como una mujer errada,
Y este mi cuerpo daría
A quien bien se me antojara.»

La infanta doña Urraca y todas ellas padecieron: los españoles que hoy no padecen, *sufren*. España sí padece, puesto que ni lo sabe ni lo advierte. A la hembra desamorada, á la adelfa le sepa el agua. Le ha perdido el amor á su hermoso idioma; que padezca, aun cuando no alcance espíritus para el noble sufrimiento, y quiera irse ella también por *esas tierras*

«En traje de peregrina:
A los cris..... Mas faga cuenta
Que las romeras á veces
Suelen parar en ramerarías.»

según que se proponía doña Urraca. Nosotros también *sufrimos*, todo nos lo sufrimos; sufren los indios, sufren los negros: ¿qué mucho que suframos los pseudo-europeos, cuasimalayos ó semiafricanos? Cuenta con pago, señores nobles del Pichincha, el Funza, el Rímac y el Plata. No diréis por lo menos que no servís de novillos ó de puertas para este rehilete ó, si suena mejor, venablo. No hay gusto que se iguale con llamarle vieja á una vieja, negro á un negro, tonto á un tonto, pícaro á un pícaro: si hay satisfacción comparable con esta, es la de llamarle vieja á una presumida que las da de joven; *cholo*, *roto* ó *lépero* á un Capoche por cuyas venas corre sangre de Benavides de León ó de Zúñigas de Villamanrique. Tontos, gracias á Dios, muchas veces los hemos llamado á hombres de más talento que nos-